

sabor, la esencia de los barrios extremos de Buenos Aires. «Naturalmente —decía— abundé en palabras locales, no prescindí de palabras como cuchilleros, milonga, tapia, y otras; luego, hará diez años, escribí una historia que se llama *La muerte y la brújula*, que es una especie de pesadilla, una pesadilla en que aparecen algunos elementos de Buenos Aires muy deformados por el horror de la pesadilla... Publicada esa historia, mis amigos me dijeron que al fin habían encontrado en lo que yo escribía el sabor de las afueras de Buenos Aires. Precisamente porque no me había propuesto encontrar ese sabor, porque me había abandonado al sueño, pude lograr, al cabo de tantos años, lo que antes busqué en vano».

*La muerte y la brújula* transcurre en un lugar imaginario. Borges no plantó su caballete frente a tal o cual rincón más o menos pintoresco de Buenos Aires, esa ciudad que tan bien conoce, y se dedicó a reproducirla con la mayor fidelidad posible. Antes bien, cerró los ojos —y valga la imagen porque en aquella época no era ciego, o casi ciego— para que ningún detalle exterior lo distrajera de su pesadilla policíaca metafísica. Se desentendió de Buenos Aires. Sin embargo, mientras escribe, no puede menos de pensar en Buenos Aires. Piensa en el Paseo Colón y lo llama Rue de Toulon; piensa en las quintas de Adrogué y las llama Triste-le-Roy. Hasta cuando llega a los personajes secundarios, juega con los nombres para no despojarlos de su identidad: un escritor muy conocido entre nosotros, católico, nacionalista y por entonces probablemente antisemita, se convierte en Ernst Palast, redactor de *El Mártir*; Avellaneda y Barceló, su jefe político de la década del treinta, se convierten en «un suburbio fabril donde, al amparo de un caudillo barcelonés, medran los pistoleros».

El ejemplo de Borges nos está demostrando que un escritor de talento nos da casi siempre, más o menos trasmutada, la imagen de su país. Pero no sé hasta qué punto el país de Borges, la ciudad y la campaña de Buenos Aires, esa llanura de la provincia que los literatos de la capital llaman la pampa, como también diría Borges, es la imagen de la Argentina. Hace muchos años, en la revista *Sur*, yo he asistido a un debate sobre América en que participaron Germán Arciniegas y Pedro Henríquez Ureña. Arciniegas hablaba de una América del Atlántico, donde todas las ciudades que la caracterizan —Nueva York, Río, Montevideo, Buenos Aires— son ciudades de corte europeo, cosmopolitas, que se han pasado la vida mirando a Europa. En cambio, la América del Pacífico, desde California hasta Chile, era una América replegada sobre sí misma, donde se había acendrado la tradición española. A lo cual Henríquez Ureña agregaba, con cierto humorismo, que la América Hispana (creo que él decía la América Central) empezaba para los argentinos en Córdoba, nuestra primera provincia del interior, y que no en vano el porteño, el habitante de Buenos Aires, cuando

va a Córdoba se siente ante una cosa pintoresca que atribuye a sus montañas —por cierto modestas, las sierras— pero que no son únicamente las montañas, porque en Córdoba todo es distinto.

Este debate data de 1940. Han pasado treinta y tres años, y ya pueden ustedes imaginar si en treinta y tres años América y el mundo entero han cambiado. Sin embargo, bajo ciertos aspectos, la distinción continúa siendo válida. Y voy a basarme en ella para darles a ustedes una idea de la Argentina y su imagen literaria.

Cuando nuestra literatura ha pintado con hondura y dignidad la América del Atlántico en sus aspectos rurales, esa literatura ha encontrado eco en la América Hispana. Interesan, supongo, en Chile, Bolivia, Perú, México, los cuentos misioneros de Horacio Quiroga (uruguayo o argentino, tanto da: siempre estamos en el Río de la Plata), así como los cuentos de Roa Bastos (paraguayo, residente en la Argentina) y su novela *Hijo de hombre*, aunque aquí debamos sustituir el Atlántico por el Paraná y el Paraguay, y complementar América con el elemento indígena y la selva. Ricardo Rojas hace notar que si descontamos el Chaco y la Patagonia, que él no considera incorporados al núcleo histórico de nuestra cultura, la pampa se extiende por casi todo el ámbito de nuestro territorio nativo. Esta gran llanura pastoril, sin ríos y sin árboles, puede desconcertar, no digo a quien no esté acostumbrado a ella, sino a los argentinos mismos. Michaux, que la admiraba mucho, señala que la pampa dice todo cuanto tiene que decir en un metro cuadrado, pero que lo repite en los millares y millares de kilómetros que constituyen la mayor parte de nuestro territorio. En cuanto a mí, si se me permite una declaración de índole personal, confesaré que he debido llegar a la madurez para ser sensible a su belleza. De muchacho, me impacientaban los campos chatos, monótonos, que se confunden con el cielo. Por aquella época sentía la necesidad de un paisaje a la medida del hombre, un paisaje con diversos planos, accidentado, si se quiere un poco teatral, que tuviera principio y medio y que buscara empeñosamente su fin, incitándonos a trascenderlo y reemplazarlo por otro. Los campos que no acababan nunca se me antojaban tan ingratos como ciertos libros de estudio, tan aburridos como las oraciones que salmodiábamos en el colegio, tan agobiantes como la Vida Eterna.

Si esto le ocurre a un argentino de la América del Atlántico, que habita un país constituido esencialmente por llanuras más o menos fértiles, ¿qué no habrá de ocurrirle a un habitante de la América Hispana, a un chileno, a un boliviano, a un peruano, a un mexicano? Sin embargo, no creo que ninguno de ellos pueda sustraerse a la grandeza de la llanura cuando lee la obra más perdurable de nuestra literatura, el *Martín Fierro*, escrita por un hombre de la ciudad que sale en defensa de sus hermanos del campo,

los gauchos, a quienes el ejército y la policía convierten en vagabundos y en foragidos. O cuando Güiraldes la evoca en *Don Segundo Sombra*, el último gaucho, ese Martín Fierro dentro de la ley.

Atengámonos ahora a la América del Atlántico en su aspecto urbano, a la ciudad de Buenos Aires. Muchos escritores la han evocado con mayor o menor fortuna. Para evitar las enumeraciones, y un poco arbitrariamente, voy a detenerme en dos: Roberto Arlt y Julio Cortázar. Arlt, llevado por intenciones quizá demasiado ambiciosas —el deseo de revelarnos el alma humana, de mostrarnos qué es, qué puede un hombre—, ha reflejado la mala vida porteña, una mala vida gris, abstracta, a la vez populosa y desierta, atravesada de punta a punta por chiflones de aire, sin esa fascinación, esa suerte de perverso hechizo de los ámbitos cerrados que puede seducir a un temperamento estético y facilitar su transposición a la literatura o al arte. A mi juicio, Arlt fracasó en su tentativa de fijar ese informe vivir. Era un escritor bien inspirado. Sin embargo, como si al escoger un tema tan estrepitoso —la calle Corrientes, los cafetines, los prostíbulos, los asesinos, los tahures— lo hubieran guiado propósitos extraliterarios, acumuló en sus obras truculencias y desvaríos sexuales con una ingenuidad que por momentos se confunde con la astucia. Inconscientemente, acaso, utilizó estos recursos de mala ley porque es muy difícil tornar significativos determinados ambientes sobre los cuales no pesa ninguna sujeción, y personajes que, a semejanza del ambiente en que viven, carecen de normas morales y de escrúpulos. Cortázar, de una generación posterior a la de Arlt, reproduce de una manera justa el habla de algunos porteños y montevideanos refugiados en París (los continuadores de las *caves* existencialistas); tan justa, que García Márquez me dijo en una ocasión: «Cuando ando en Buenos Aires, en ciertos medios intelectuales, tengo la impresión de estar oyendo a personajes de Cortázar». Estos personajes, si no lo saben todo, están por lo menos al corriente de todo. Casi siempre, antes de hospedar una idea, indagan si no ha sido superada en alguna parte de la humanidad. ¿Es que los diez o quince mejores cerebros de la humanidad, parecen preguntarse, aún se tomarían el trabajo de detenerse en ella? Y no sólo a propósito de filosofía, literatura, artes plásticas, música, cinematógrafo, sino de economía, sociología, psicoanálisis, lingüística, ecología, o sea lo que fuere, hacen observaciones inteligentes en una especie de lunfardo que les presta comicidad y naturalidad. Por muy pobres que sean (viven en la bohemia miserable de París, en una especie de ghetto), provienen de Buenos Aires y de Montevideo, las ciudades del Atlántico que han mirado siempre a Europa, sobre todo a Francia e Inglaterra (y ahora a Nueva York). No así a España, de la cual nos independizamos en 1810 y que por entonces se hallaba en decadencia. Son, y sobre ello no cabe duda, los hijos intelec-